

al fundador del Opus Dei y, al menos por algún tiempo, estuvieron cerca de ella (Raimon Panikkar, pp. 543-556).

Además de estos autores, Saranyana dedica un buen espacio a la renovación de la teología moral. En ese contexto el autor destaca el trabajo realizado alrededor de dos facultades de Teología pertenecientes a universidades promovidas por el Opus Dei: la Universidad de Navarra en Pamplona y la Universidad Pontificia de la Santa Cruz en Roma. En efecto, profesores de ambas universidades realizaron propuestas para una renovación de la teología moral: Aurelio Fernández, profesor de la Universidad de Navarra entre 1967 y 1972 además de Augusto Sarmiento, Enrique Molina y Tomás Trigo; los profesores de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Enrique Colom y Ángel Rodríguez Luño, han ofrecido una visión de conjunto innovadora en ese campo de la teología.

Cómo ya hemos adelantado, Saranyana destaca a tres teólogos pertenecientes al Opus Dei Alfredo García Suárez, Pedro Rodríguez García y José Luis Illanes Maestre. Estos pensadores desarrollaron, además de otras aportaciones, algunos aspectos relacionados con la espiritualidad del Opus Dei. Así, García Suárez previno ante una posible recepción sesgada de la laicidad preconizada en el Concilio Vaticano II; Rodríguez editó y comentó la obra más conocida de Josemaría Escrivá, *Camino*; e Illanes profundizó sobre las relaciones entre fe cristiana y mundo, y concretamente en su libro *La santificación del trabajo, tema de nuestro tiempo* aspiró a señalar la concordancia entre el magisterio del Concilio Vaticano II y el espíritu del Opus Dei (p. 961).

La lectura de esas páginas ayudará a profundizar en algunos aspectos importantes del espíritu y de la teología que subyace en el Opus Dei: la secularidad, la unidad de vida, el «apostolado profesional», etc., y ayudará a contextualizar ese pensamiento en el conjunto de la teología católica. Aunque al mismo tiempo, se hace patente que todavía queda mucho por hacer en ese terreno. Algunos pasos se han dado a través de la cátedra san Josemaría Escrivá Universidad de la Pontificia de la Santa Cruz y del Istituto Storico San Josemaría Escrivá que, además de editar esta revista, está publicando nuevos volúmenes de la colección de obras completas del fundador del Opus Dei.

Fernando Crovetto

Carlos SORIA, *El campus de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Eunsa, 2021, 311 pp.

El autor (Valladolid, 1936) es doctor en Derecho, periodista, y cofundador del Innovation Media Consulting Group. Profesor universitario, fue decano de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra y, desde 1968, es Curador del Campus.

El Estudio General de Navarra, fundado por san Josemaría Escrivá de Balaguer en 1952, estaba diseminado en varios edificios en el centro de Pamplona cuando en 1960 la Santa Sede lo erigió en Universidad. Surgió entonces la necesidad de un cambio de modelo, concretado en una ciudad universitaria de espacios abiertos e integrados.

Desde el principio, las autoridades de la Universidad optaron por un estilo clásico de gestión de los espacios. El Campus avanzaría en la medida en que lo hiciera la construcción de nuevos edificios. Si se levantaba un nuevo edificio, se ajardinaría exclusivamente la zona de influencia del mismo. Ángel Ramos, catedrático de Planificación y Proyectos –ETS de Ingenieros de Montes, Universidad Politécnica de Madrid– fue el responsable inicial del estilo paisajístico del Campus, inspirado en el de las universidades anglosajonas. Desafortunadamente, del proyecto original no se conserva ni siquiera un bosquejo.

Entre 1958 y 1970 se levantaron la “Escuela nueva” de la Facultad de Medicina –construida por la Diputación Foral de Navarra–, las Fases I y II de la Clínica, el Edificio Central, los Colegios Mayores Goimendi y Belagua (Fase I y II), la Ermita de la Virgen del Amor Hermoso, el primer Edificio de la Biblioteca, las Torres de Belagua, los Comedores universitarios y el Edificio de Ciencias. “El césped y las praderas iniciales, que dieron fisonomía al Campus, tenían una intención subyacente: unificar el paisaje, integrar visualmente la variedad de edificios, dulcificar las contradicciones de estilo y mantener un diálogo artístico entre las diferentes edificaciones. El arbolado se encargó de tamizar los edificios, sin ocultarlos ni acumular en su entorno un catálogo de especies arbóreas diferentes, sino especies configuradores” (p. 29). Poco a poco siguieron llegando nuevos edificios y nuevas zonas verdes.

Al hilo de recuerdos, de testimonios y siempre de afecto desbordante, el libro detalla el crecimiento del Campus, cómo cobraba realidad en la sucesión de edificios de tendencias y estilos diversos, en el “puñado de árboles con historias singulares” (p. 67), en las “huellas de piedra” (el crucero, el pseudo menhir, la estela, la Fuente del Hierro, el Pozo del Central, la Cruz de piedra del Huerto del Rector..., p. 95), en la presencia incansable del río..., convirtiéndose en un mundo abierto, en un jardín para todos, profesores, estudiantes, paseantes.

El Campus hoy sigue vivo, sigue creciendo. Debe su vida al trabajo de los jardineros. “Ser jardinero es duro, difícil [...] El buen jardinero ha de tener una mirada larga para planificar con antelación las cuatro estaciones, entender a la primera lo que las plantas le dicen, estar en los detalles y las cosas pequeñas, amar el anonimato y el trabajo en equipo” (p. 215). Como se habla de la familia, Carlos Soria saca del anonimato a todos los que han dominado este oficio desde los años sesenta y han sido y son parte del Campus. Cada uno, con nombre y apellidos, con su historia, con su legado.

Libro de lectura entrañable, de contenido pluridisciplinar, de escritura exquisita. Historia, arquitectura, botánica, jardinería y sobre todo humanidad, entretejen estas páginas.

Mercedes Alonso de Diego